

INMACULADA

Johely Barrios Díaz¹

Me contempla incesante, plácida, reduciendo mi coraje a un pánico bélico, retumbante, un patético sentimiento cuyo ser me entumecía, solía ser cuán destello del cosmos abraza el alma hundiéndole astral, procurando quebrarle sutil e inocentemente el deseo de fugarse.

Inconclusa, una mirada insinuante: desvestía idiosincrasias mientras saqueaba emociones lúgubres, disonantes. Húmedos lucían los inexorables labios de mi Musa, cuya sangría no tan barata parecía apaciguar sus efectos con cada sorbo. Su mirada jamás dejó de clavarla hasta lo más recóndito de aquellos sentimientos que despertaban al lado del fuego: la chimenea de la abuela, el sonido de las brasas arder, el eterno blues y nuestros silencios enardeciendo el infinito deseo por estrecharle la mano y besar incluso su pecho de proporciones medianas, lleno de lunares que brillaban cual constelación ante mis ojos. No se puede mirar a alguien como mi amada solía, no despojando el aire y sobresaltándome el pecho. Su coquetería desenmascaraba esta

fiera cuya apariencia huye ante su presencia y exhibe la ternura que no demostré jamás. El hallazgo de lo incierto, o quizá una estrella nueva y silenciosa alzada en el cielo.

La Musa era el cielo y el infierno, al mismo tiempo, pensaba, y no era imposible dejar de imaginarme su piel erizada, pero el masoquismo se empeñaba en acariciar mi cuello, deseaba de una vez y por siempre su magnificencia reiterando la sublimidad de sus sentimientos hacia mí. Se acercó. Llevaba ese torpe vestido corto, negro de lentejuelas –enseñaba sus largas y torneadas piernas de ébano- corriendo el riesgo de ser arrebatado.

Posó entonces su cabeza sobre mi hombro, cruzando las piernas y acariciando aquella alfombra morada de largas hebras con su mano izquierda; me miró y sus besos me alcanzaron, las comillas de mi mejilla le contaron cuánto le quiero, y cuánto el universo necesitaba de ese beso para postrarme en la eterna e incommensurable exclusividad. Sonrió. Se puso sobre sus

¹ Estudiante de quinto año de la Facultad de Derecho Universidad Libre sede Cartagena. Correo electrónico: barriosjohely23@gmail.com



pies. Recuerdo mirarle el trasero mientras caminaba, sus caderas jugaban en un vaivén con mis ojos, sus nalgas iban con *Lucille*, el blues de B.B King. Apartó la copa y cambió el casete por un tema de instrumental jazz que estaba junto a ese viejo aparato. Corrió hacia mí haciendo un ademán, insinuando un baile cuyo peligro sensual residía en hacerle el amor al te quiero que profesábamos. Nos movíamos al ritmo del lento y único testigo, susurrándonos tonterías que solo los enamorados soportan y riendo al compás

de sus pies apretando los míos. Una delicia espiritual: la excitación nos hacía justo ahí, sin quitarnos la ropa, abrazándole como el cielo ha de abrazar las estrellas, pero siendo esta luminosamente imperfecta y libremente mía. Una romántica decisión de perderme bajo encantos ocultos y oportunidades situadas en el paraíso que desborda mi Musa Inmaculada, de épicos labios y miradas interminables.

Un lujo.